

# ¿Qué pasa en las cárceles de menores?

Los motines ocurridos la semana pasada en los centros de detención de adolescentes de Temuco, Puerto Montt y Coronel, donde murieron tres muchachos, constituyen un nuevo llamado de atención sobre la política carcelaria, y en particular sobre las posibilidades de rehabilitación de los menores que se encuentran privados de libertad.

Parece fuera de discusión que lo sucedido responde al grado de desesperación en que han caído los jóvenes reclusos por las condiciones de hacinamiento de esos centros. Lo concreto es que, además del castigo del encarcelamiento, tienen que subsistir en deplorables condiciones materiales y morales, en lugares inmundos en los que la vida parece perder todo sentido y convierte en ilusorias las perspectivas de redención.

Resulta entonces urgente aliviar al menos esas condiciones, a la espera de que las cárceles se transformen en verdaderos centros de rehabilitación, concebidos con criterios modernos. El Ministerio de Justicia ha anunciado la puesta en práctica de programas especiales destinados a mejorar las condiciones de reclusión y dar a los reclusos la posibilidad de recuperar más tarde un lugar en la sociedad. Entre los anuncios hechos por la ministra Soledad Alvear se encuentra el otorgar asistencia psicológica a los presos, el tratamiento de los casos especiales, la construcción de 19 centros preventivos y la modernización de 10 existentes.

Es indispensable evitar que se repitan hechos como los que han costado la vida a tres jóvenes. Ello requiere fuertes inversiones del Estado, pese a que podría pensarse que esta no es una prioridad social. Pero si el

propósito es salvar a esos jóvenes y darles la oportunidad que hasta hoy probablemente no han tenido, no cabe duda de que constituye una necesidad que no puede dejar de atenderse. Si no se hubieran restado recursos al presupuesto del Servicio Nacional del Menor (Sename), como se hizo el año pasado en el Senado, quizás se habrían evitado estos dolorosos hechos.

El contar con la infraestructura material adecuada, y el disponer de la asistencia de médicos, psicólogos, educadores y monitores resulta esencial para materializar los planes de prevención, rehabilitación e integración de esos jóvenes a la sociedad. A la vez, las autoridades judiciales, administrativas y penitenciarias deben actuar con la diligencia suficiente para agilizar los procesos en los tribunales, y mejorar los centros de diagnóstico y de detención preventiva.

Hay también una gran responsabilidad del conjunto de la comunidad. Para prevenir los delitos, evitar el desarrollo de las conductas delictivas y abrir espacios para la reinserción social y educativa, se requiere el apoyo de las escuelas, de las organizaciones sociales, de las empresas, de todas las instituciones que puedan tender una mano a los muchachos que buscan una oportunidad.

El trato y las oportunidades que reciban los jóvenes encarcelados permitirán también anticipar el tipo de sociedad que queremos. Lo primero es no cerrar los ojos frente a las carencias que Chile tiene en este plano; lo segundo es tomar medidas que se encaminen a superarlas.

## RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

## ¿English spoken?

Desde sus inicios, Estados Unidos fue la tierra prometida, el lugar donde llegaban los que eran desplazados de sus países de origen por razones políticas o económicas. Llegaban allí a rehacer sus vidas y olvidar un pasado que les había sido hostil, para entregarse a un futuro que veían promisorio. Y así fue para las primeras generaciones de inmigrantes. Cada día llegaban a sus puertos barcos repletos de hombres y mujeres que al pisar tierra ya habían cambiado sus nombres, olvidado sus ancestros y estaban decididos a cumplir el "american dream". Unos pocos lo conseguían, otros progresaban modestamente a base de trabajo y esfuerzo y así se fue creando el pueblo norteamericano. Se ufanaban de ser como un crisol donde se derretían las antiguas nacionalidades para crear una nueva. Y así lo fue durante mucho tiempo.

Nuevas inmigraciones reemplazaron a las europeas. Encandilados por la riqueza del país, los vecinos latinoamericanos más próximos comenzaron a invadir Estados Unidos. Para los mexicanos y

centroamericanos, "el Norte" se convirtió en una palabra mágica; allí podrían, con suerte, salir de la endémica pobreza que sufrían y emigraron legalmente unos pocos e ilegalmente los más. Nuevos conflictos internacionales hicieron que buscaran refugios en sus tierras: vietnamitas, coreanos, cubanos y chinos. Pero estos últimos, a diferencia de los anteriores inmigrantes, no estaban dispuestos a desprenderse ni de su cultura ni de sus idiomas, y el mapa norteamericano se fue llenando de enclaves en que los recién llegados mantenían sus identidades nacionales.

La actual mayoría republicana del Congreso norteamericano, consciente de esta situación, ha presentado un proyecto de ley que declara el inglés como idioma oficial de Estados Unidos. El solo hecho de que este proyecto exista implica reconocer que el inglés ya no es el idioma que se habla en todo el país. Entiendo la preocupación de los congresales republicanos. En pleno Miami he visto una



Las calles de San Francisco

*"No es la primera vez en la historia que los bárbaros comienzan a infiltrarse en los países más civilizados para terminar dominándolos. Este parecería ser el cauce que va siguiendo EE.UU."*

farmacia que tenía un letrero en la puerta que decía "English spoken"; en un bus neoyorkino en el Alto Broadway he presenciado cómo una señora preguntaba por una dirección a los viajeros del bus y nadie le contestaba, simplemente porque no sabían inglés; en San Francisco o Nueva

York, si uno se interna en los barrios chinos no entiende ni una palabra de los letreros ni de lo que se habla: todo está escrito en chino. En Los Angeles viven tres

millones y medio de mexicanos, la mayor población mexicana del mundo después de Ciudad de México, lo que obliga a que todas las indicaciones de los servicios públicos estén en inglés y en español.

Lo anterior no significa que el idioma de Estados Unidos tienda a ser el español, sino una jergonza en que ambos idiomas se mezclan y que hablan por igual los norteamericanos de ancestro y los de origen latinoamericano, pues es la forma en que pueden entenderse entre sí en el trabajo, donde conviven distintas nacionalidades.

Y no es sólo el idioma. La cultura que en los Estados Unidos llaman "latina" o "hispanica" se infiltra por igual en todas las manifestaciones. En mi reciente visita a Televisa, la cadena de televisión mexicana más importante del país, vi con asombro cómo en uno de sus foros se estaba

grabando una telenovela en inglés dedicada al público norteamericano de esa habla.

No es la primera vez en la historia que los bárbaros comienzan a infiltrarse en los países más civilizados para terminar dominándolos. Este parecería ser el cauce que va siguiendo Estados Unidos. Sus políticos deben hacer figuritas para conseguir los votos de las minorías étnicas. Los cubanos de Miami impulsaron la ley Helms-Burton, los mexicanos de Los Angeles presionan para que no se excluya a los inmigrantes ilegales de los servicios de seguridad social, los portorriqueños de Nueva York son decisivos en cualquier votación local.

¿Terminará todo esto en el tradicional "happy end" de las películas norteamericanas y las diversas etnias del país se abrazarán y lograrán formar un país unido en su diversidad?

Esperen hasta el siglo XXI y lo sabrán. El próximo capítulo promete ser apasionante.

**La Nación**

**DIRECTOR:** Ignacio González Camus  
**REPRESENTANTE LEGAL:** Gustavo Rivera

**Empresa Periodística La Nación S.A.** Agustinas 1269, casilla 81-D Santiago. Teléfono: 6982222, Télex: 341236 340290 ELANA CK, Fax: 6981059